



PASCUA MILITAR DE 1955 EN EL PALACIO DE EL PARDO

En el día de Reyes, fiesta de la Pascua Militar, acudieron a la residencia del Caudillo los Generales, Jefes y Oficiales representantes de los tres Ejércitos, y en tal ocasión, el Ministro del de Tierra, al felicitar al Caudillo en nombre de las Fuerzas Armadas, lo hizo en los siguientes términos:

Mi General: Una vez más me corresponde el muy alto honor de ofrecer en el día de nuestra Pascua Militar la inquebrantable adhesión, la más firme lealtad de los que tenemos la suerte inmensa de pertenecer a las Fuerzas Armadas de nuestra querida España.

Llenos de optimismo y confiados ciegamente en el porvenir de nuestra Patria, nos consagraremos cada día con mayor intensidad al trabajo para fortalecer más y más nuestros Ejércitos, pensando en la grandeza de España; nunca estamos plenamente satisfechos con lo ya logrado, aunque se hayan superado las etapas difícilísimas que siguieron a nuestra Gloriosa Cruzada; entonces, gracias a vuestro tesón y energía, la situación cambió radicalmente, y hoy, ya al menos, dialogan con nosotros los que torpemente nos volvieron la espalda en días aún no lejanos; más es tan grande la crisis moral que el mundo atraviesa, tan absoluta la falta de sentido religioso y tan desatado el deseo de obtener riquezas materiales, que nosotros, los que tenemos la honra de vestir estos gloriosos uniformes, estamos dispuestos a servir de valladar contra tan desenfrenadas pasiones; para ello sumaremos a nuestro trabajo el afán decidido de mantener y consolidar la unidad entre todos los españoles, que constantemente nos

estáis predicando; unidad que si en los tiempos pasados, cuando estábamos rodeados de enemigos, era necesaria, hoy es total y absolutamente indispensable, ya que en el ambiente en que el mundo se desenvuelve, nada tendría de particular que alguno, más allá de las fronteras o aun dentro de casa, tratara de ocultar con voz de sirena la más pérfida intención contra los designios futuros de nuestra Patria. Nada conseguirán, porque los Ejércitos Españoles, como un solo hombre, seguirán fieles a su Caudillo para que podáis realizar la grandiosa obra emprendida, y en la que no cesaremos hasta verla cumplida totalmente, y que ha de culminar lógicamente mejorando las condiciones de vida de nuestras más humildes clases sociales; cumpliendo así los mandatos de Dios y las órdenes de Franco, que solo aspiran a que dentro del mundo en Paz viva España con honor, con justicia y con trabajo, que fué por lo que en definitiva un día del mes de julio de 1936 nos lanzamos resueltamente a la lucha. A vuestras órdenes.

PALABRAS DEL CAUDILLO

Compañeros:

Una vez más venís en esta Pascua Militar a ofrecerme, como Jefe supremo de los Ejércitos, con la expresión de vuestra lealtad y afecto, vuestra fe en los destinos de la Patria y la promesa de continuar engrandeciéndola con vuestra disciplina y vuestro trabajo.

Para mí constituye siempre una íntima satisfacción el poder volver a lo que es y ha sido siempre mi profesión, la del noble ejercicio de las armas, encontrarme entre mis compañeros y sentir el calor de estos Ejércitos, que es el calor de la propia Patria, porque nunca mejor representada que en las organizaciones e instituciones castrenses.

Cualquiera que haya sido la suerte de la Patria, y España vivió tiempos muy distintos, cualesquiera que hayan podido ser sus inquietudes y sus desgracias, siempre se conservó en nuestros cuarteles la fe y la confianza en sus altos destinos. Allí quedaron años tras años remansadas las esencias de nuestra Nación frente al pesimismo ambiente; allí tuvo su cuna la rebeldía de nuestra juventud, la explosión patriótica de aquel espíritu que en la Academia nos habían inspirado y nuestra disconformidad con aquel ambiente político de decadencia que empujaba a la nación por la pendiente en que un día había de precipitarse.

Vuestra lealtad, vuestra comprensión y vuestro alto espíritu tuvieron un peso decisivo para el éxito del Movimiento Nacional. Este es una realidad que alumbró a la Patria un horizonte nuevo. La responsabilidad histórica que desde aquel momento hemos contraído—yo, porque me correspondió la capitanía de la empresa; vosotros, porque fuisteis los fieles capitanes que encuadrasteis a todas las fuerzas de la Nación en este nuevo renacer—, echa sobre nosotros una carga muy grande para el futuro. No podemos abandonar la Patria a medio camino. Vivimos, como sabéis, tiempos difíciles; estamos asistiendo a la más honda transformación que ha experimentado el mundo desde hace varios siglos. Las propias instituciones castrenses están llamadas a sufrir una transformación quizá mayor que la que sufrieron al introducirse en ellas las armas de fuego. Y esto no nos permite el descanso. Aquellos que entregasteis vuestras vidas al servicio de la Nación, y en el que habéis alcanzado puestos de responsabilidad, habréis de abrirles el camino a las generaciones nuevas con vuestro espíritu abierto a esta gran revolución de las armas, sin aferraros a los sistemas y medios clásicos y sin que, por otra parte, en lo que todavía conserva su valor los desterramos, pues los principios siguen siendo los mismos y, en último extremo, siempre será el infante, portando su bandera o su bomba de mano, el que haya de decir la última palabra.

Hemos de reconocer que los avances de la ciencia, transformando completamente las

armas modernas, imprimen su carácter al arte militar. De aquellos artificios que constituían toda nuestra potencia, en que se atacaba un proyectil o explosivo en un tubo de acero para lanzarlo a distancia, hemos pasado hoy a procedimientos mucho más ligeros y potentes, más profundos y de mayor alcance, que permiten con harta facilidad lanzar toneladas de explosivos a distancias insospechadas. ¡Y qué explosivos! De una capacidad destructora que llegan incluso a amenazar a la propia existencia sobre el planeta.

Todo esto cambia naturalmente el horizonte de la guerra y nos impone nuevos conceptos. Tenemos que pensar que en la balística ha entrado una tercera dimensión y, con ella, las velocidades supersónicas, la electrónica y los medios termonucleares. Nuestra técnica necesita ponerse a su altura, que poseamos en nuestra filas especialistas electrónicos, hombres de ciencia termonuclear que orienten y mantengan la aplicación de estas ciencias al arte de la guerra. Se hace necesario la transformación rápida de nuestras armas, el impulsar la renovación de los Ejércitos, ya que la presencia posible de las armas termonucleares obliga a disminuir la densidad de nuestras Unidades haciéndolas más ligeras, el cambiar sus armamentos disminuyendo su peso y aumentando su potencia, que haga las fuerzas aptas lo mismo para lanzarse en paracaídas que para trasladarse en avión o viajar por otro medio.

Tenemos que abandonar los criterios clásicos adaptándolos a las armas del día, y esto sólo pueden realizarlo aquellos que por su experiencia pueden prever qué es lo que ha de quedar a flote de las viejas cosas y cuáles han de utilizarse en el futuro. Ello exige de nosotros un esfuerzo grandísimo, un cambio completo, un trabajo del que quizá muchos no recojamos el fruto, pero que abrirá el camino y asegurará la victoria a las generaciones que nos sigan.

Esta complejidad de la guerra, con su dimensión y alcance, explica perfectamente la necesidad que tienen unas naciones de otras, el que no se pueda ya vivir aislados del concierto general de los pueblos. Ya no hay límites de las grandes contiendas que puedan contener las catástrofes fuera de las fronteras. Las naciones necesitan unas de otras, y aunque constituye una natural aspiración de cada nación el armarse por sí en lo principal, hay un tiempo, sin embargo, el que nosotros necesitamos de la ayuda de fuera, para que en el menor tiempo nuestra técnica y nuestras armas puedan ponerse a la altura del día, y que contemos con sumandos poderosos que puedan unirse a nuestra suma, a la que, por nuestra parte, aportamos el valor de nuestros hombres, la técnica y solidez de nuestros cuadros y el poder de nuestras altas virtudes.

Por otra parte, España como nación, no puede estar ausente de ese progreso científico que el mundo realiza, y necesita impulsar el avance de su ciencia de tal manera que podamos, con nuestros técnicos y nuestros investigadores, contribuir a esas grandes conquistas. Y no olvidemos, desde nuestro campo militar, que si hasta hoy el Ejército se definía como la nación en armas, hoy habrá que definirlo como la nación en armas sobre la ciencia movilizadora que le da su potencia.

Todo, como veis, acaba descansando en los hombres, en la ciencia y en la potencia económico-industrial de las naciones. Vivimos en este orden un momento crucial de la vida de España. Esta está sufriendo bajo nuestro régimen una renovación completa: se gana el campo y el taller para la Patria. A través de las mejoras sociales se imprime a las clases más numerosas el sentir de la solidaridad nacional; se refuerzan las virtudes tradicionales de nuestro pueblo bajo el signo de la unidad, indispensable para su existencia; se impulsa por todos los medios la riqueza y la renta nacionales, intensificando la agricultura e industrializando a la nación; se estimulan las investigaciones científicas y el progreso de las ciencias; se trabaja por buscar en la Universidad los hombres superdotados para orientarlos en las técnicas más difíciles y que de entre ellos podamos extraer los artificios de nuestras ciencias aeronáuticas, electrónicas o termonucleares. Perseguimos por todos los medios

colocar nuestra ciencia a la altura de las otras del mundo. Y en esta preparación total y en su avance sin descanso está nuestra tarea de cada día.

Yo tengo confianza plena de que cada uno en vuestra esfera habéis de poner vuestro entusiasmo y todo vuestro esfuerzo para que esto se logre; que habéis de pensar a diario sobre estos problemas, y que, con vuestro ingenio y vuestra colaboración, hemos de alcanzar, por cuanto al progreso de nuestras armas y nuestros Ejércitos se refiere, aquellas metas que nos permitan llevar a la Patria a alturas que están en vuestro corazón y en el mío.

Y nada más me queda, después de este ligero esbozo, que felicitar en vosotros a todos los Ejércitos en esta Pascua de Reyes con todo el entusiasmo de mi corazón y mi camaradería de soldado. ¡Arriba España!

